



## Santa Mónica

### TAGASTE Y SU MATRIMONIO

Cuando finalizaba ya el Imperio Romano, nace Mónica en Tagaste, de padres ricos venidos a menos. Como cristianos la educaron en la fe, pero quien mas influyo en su educación fue una criada que ya había educado a su mismo padre. A los veinte años se casó con Patricio, pagano y de temperamento muy violento y dominado por las pasiones. Mónica es modesta, suave, recatada... El primer año de casada le nace Agustin, y a éste le seguirá Navigio y Perpetua. Navigio no abandonará nunca a su madre. Perpetua se casará y quedará viuda pronto. Cuando su hermano Agustin ya sea sacerdote ingresará en un monasterio de Africa donde vivirá toda su vida.

### UNA ESPOSA CON PROBLEMAS QUE VENCE CON SUS VIRTUDES

Pronto empezaron los problemas con su esposo. Pero la prudencia y bondad de Mónica hace que todo se quede en casa y no airea nada desagradable, como acostumbran tantas esposas hoy que viven en la televisión basura de propalar sus martirios conyugales. Mónica se dedica a formar a sus hijos con toda su alma. Los dos pequeños no le causan problemas: son dóciles, sencillos y no gozan de las cualidades extraordinarias de su hermano mayor quien desde pequeño tiene una recia personalidad.

### LA SUEGRA

La madre de Patricio es

parecida a él, mejor, él ha salido a su madre, ¡ay los genes!: colérica, de muy mal carácter, autoritaria. Mónica poco a poco se la gana con su dulzura y buenos modales procurando darle gusto en todo cuanto ella quiere. Se la ganó "con atenciones y perseverando en sufrirla con mansedumbre". Buen modelo de nueras. A pesar del carácter y de las infidelidades de su esposo nunca le contestó ni con obras ni con palabras. Tenía una paciencia enorme con él: "Porque esperaba, Señor, que vuestra misericordia viniese sobre el, para que creyendo en Vos, se hiciese casto", dice ella, como así sucedió.

### SEGUIMIENTO DE AGUSTÍN POR MÓNICA

Agustín había viajado a Milán, donde encuentra a San Ambrosio, que ha conseguido que se haga catecúmeno. Mónica le ha seguido por mar y tierra y sabe que su hijo ya no es maniqueo pero tampoco católico. No es lo que ella espera pero sigue rezando y llorando, visitando las tumbas de los mártires y visitando a San Ambrosio, que descubrió en Mónica un alma excepcional y privilegiada.

### LAS LÁGRIMAS DE MÓNICA



"No se puede perder hijo de tantas lágrimas", había profetizado un obispo africano. Ella veía a su hijo Agustín ricamente adornado por el Señor, pero desviado y desorientado. Le seguía a todas partes. Ha hecho cuanto ha podido por la conversión de su hijo. Y por fin salta de gozo "aquella noche en la que yo me partí a escondidas; y ella se quedo orando y llorando", dice Agustín. Sus lágrimas dieron su fruto. "Los que siembran con lágrimas cosechan entre cantares". Cuando tenía 56 años y Agustín 33 tuvo el inmenso consuelo de verle cristiano y en camino de santidad. No se había equivocado. Si hubiera más madres que lloraran a sus hijos muertos como la viuda de Naím, enterrarían a menos hijos resucitados por las lágrimas de sus madres. ¡Ya podía morir tranquila! Y para esto meditamos las

vidas de los santos, porque siguieron a Cristo y nos enseñan el camino, que todos han recorrido con dificultades y nos han dejado su vida como ejemplo, a la vez que interceden por sus hermanos, nosotros, que aún peregrinamos en la tierra.

### ASOMADOS A LA VENTANA

En Ostia, esperando embarcar para África, asomados a la ventana, Agustín y su madre conversaban dulcísimamente, olvidados de todo lo

pasado y reflexionando sobre el futuro, preguntándonos cómo será aquella vida eterna, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni saboreó el corazón del hombre, y suspiraban por aquella sabiduría, contemplando aquella felicidad inmutable. Fue un verdadero éxtasis común. Se contagiaron. Mónica era feliz, su hijo, ya era cristiano, para ella sólo quedaba la esperanza de la vida eterna.

Estas son las palabras de Mónica, que San Agustín refiere en sus Confesiones: "¿Qué hago ya en este mundo? Enterrad este cuerpo donde queráis, ni os preocupe más su cuidado. Una sola cosa os pido, que os acordéis de mi ante el altar del Señor, en cualquier lugar donde os hallareis". Así decía poco antes de morir a sus hijos Santa Mónica, modelo de esposas, madres, suegras y nueras.

### SU MUERTE

Por fin, Mónica, acompañada por sus hijos, en el año 387, despertó para el cielo. "Yo le cerré los ojos, escribe San Agustín en sus Confesiones. Una inmensa tristeza inundó mi corazón que se resolvió en lágrimas, pero mis ojos, bajo el mandato imperioso de mi voluntad, las contenían hasta el punto de secarse... Mas el joven Adeodato, cuando mi madre dio el último suspiro, comenzó a llorar a gritos. En mi corazón se había abierto una nueva llaga, aunque la muerte de mi madre no tenía nada de lastimoso y no era una muerte total: la pureza de su vida lo atestiguaba, y nosotros lo creíamos con una fe sincera y por razones seguras" (Conf. IV, 9). Por Jesús Martí Ballester

### Un hijo de muchas lágrimas

Mónica era africana, de Tagaste, región tunecina, nacida el año 331. Hija de familia cristiana noble, pero pobre, fue educada inicialmente en la piedad, ascesis y letras por una criada solícita.

En su juventud formó parte de la comunidad de creyentes que vivió duras experiencias de persecuciones contra los cristianos, y muertes martiriales. ¡En aquellos tiempos pocos males se podían temer tanto como las crueldades de una persecución impía!

A sus veinte años contrajo matrimonio con el joven Patricio, un hombre pagano en religión e infiel en moral, que la hizo pasar sufrimientos desmedidos. Pero afortunadamente, vencido por la honradez de Mónica, murió después de recibir el bautismo. Tuvieron tres hijos: dos de ellos no les crearon problemas; pero el tercero, Agustín, fue





amor y espina de dolor de su madre por sus devaneos culturales, religiosos, familiares.

Tras no pocas peripecias, un día Agustín, maestro en artes, se marchó de Tagaste a Roma, y dejó a su madre en Tagaste. Ella, que vivía con el corazón del hijo, siguió sus pasos, y acabó dando con él en Milán. Cuando eso sucedía, Agustín había cambiado ya mucho, y se estaba volviendo más reflexivo sobre sí mismo. Entonces Mónica buscó al Pastor de la diócesis, y tuvo la oportunidad de ponerlo en contacto con san Ambrosio. Este trabajó amablemente con Agustín y Agustín se convirtió a Cristo. Recibió el bautismo en abril del año 387.

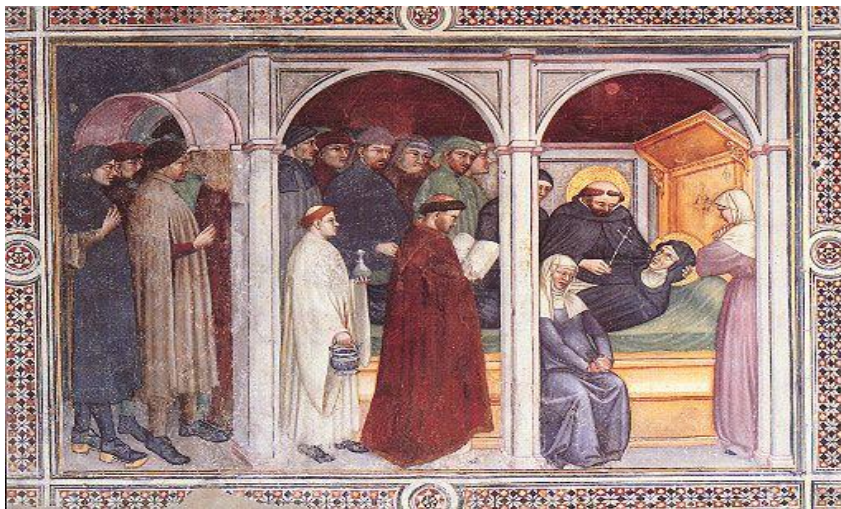
En esas favorables circunstancias, Mónica, cumplida la misión de salvar a su hijo, volviéndolo sinceramente a Cristo, intensificó su profunda entrega a Dios y a la oración, dando gracias y preparando su encuentro con el Padre. Falleció santamente ese mismo año 387.

### Conversación final de san Agustín con su madre, Mónica:

‘Cuando ya se acercaba el día de su muerte —día por ti conocido, Señor, y que nosotros ignorábamos—, sucedió, por tus ocultos designios, como lo creo firmemente, que nos encontramos ella y yo solos, apoyados en una ventana que daba al jardín interior de la casa donde nos hospedábamos, allí en Ostia Tiberina, donde, apartados de la multitud, nos rehacíamos de la fatiga del largo viaje, próximos a embarcarnos.

Hablábamos, pues, los dos solos, muy dulcemente y, olvidando lo que queda atrás y lanzándonos hacia lo que veíamos por delante, nos preguntábamos ante la verdad presente, que eres Tú, cómo sería la vida eterna de los santos...., y abríamos la boca de nuestro corazón, ávidos de las corrientes de tu fuente, la fuente de vida que hay en ti.

Tales cosas decía yo, aunque no de este modo ni con estas mismas palabras. Sin embargo, tú sabes, Señor, que cuando hablábamos aquel día de estas cosas..., ella dijo:



‘Hijo, por lo que a mí respecta, ya nada me deleita en esta vida. Qué es lo que hago aquí, y por qué estoy aún aquí, lo ignoro, pues no espero ya nada de este mundo. Una sola cosa me hacía desear que mi vida se prolongara por algún tiempo: el

deseo de verte cristiano católico, antes de morir. Dios me lo ha concedido con creces, ya que te veo convertido en uno de sus siervos, habiendo renunciado a la felicidad terrena. ¿Qué hago ya en este mundo?’

No recuerdo muy bien lo que le respondí, pero al cabo de cinco días o poco más cayó en cama con fiebre. Y, estando así enferma, un día sufrió un colapso y perdió el sentido por un tiempo. Nosotros acudimos corriendo, mas pronto recobró el conocimiento, nos miró a mí y a mi hermano allí presentes, y nos dijo en tono de interrogación: ‘¿Dónde estaba?’ Después, viendo que estábamos aturridos por la tristeza, nos dijo: ‘Enterrad aquí a vuestra madre... (‘Confesiones’ lib. 9,cc. 10.11)

La Iglesia recuerda hoy a una gran mujer: Santa Mónica, madre de San Agustín. La tradición e incluso el arte la recuerda como la madre sufriente, que con sus lágrimas consiguió la conversión de Agustín. Sin duda, mucho amor y mucha fe tenían que llevar estas lágrimas. Más aún, mucha confianza tuvo que depositar esta mujer en el hijo que ella veía alejarse cada vez más de Dios y de sí mismo. Este es el gran milagro: ver en las personas mucho más de lo que resulta evidente, creer en ellos más allá de lo que parecen poder dar de sí. Mónica lo supo ver con Agustín, hasta el punto que él mismo afirmaba que su vida y vocación no hubieran sido posibles sin ella. Seguramente, cada uno de nosotros podríamos poner delante de Dios hoy rostros concretos de personas que, como Mónica, creyeron en nosotros y, por qué no, incluso quizá en algún momento lloraron por nosotros y, misteriosamente, son hoy garantes, testigos, cimientos de nuestra propia vocación, de nuestro ser quien es cada uno.

Ejemplo de madres santas y también intercesora de esposas y madres en apuros. / Conocemos los datos biográficos exclusivamente por el testimonio escrito de su hijo en las Confesiones y en Diálogos. Se sabe que nació en Tagaste, ciudad de Numidia —actual Argelia— en el norte de África, en torno al año 332.

Sus padres eran cristianos y la posición económica era de desahogo en la casa. Una criada fuerte y honesta la cuidó durante su niñez, colaborando plenamente con las directrices de los padres; le inculcó capacidad para el sacrificio, le enseñó el valor de la austeridad y le hizo ver la necesidad de adquirir una piedad a toda prueba, ayudándola igual con el ejemplo que con las palabras; fueron elementos espirituales valiosísimos que le harían mucha



falta en el futuro de su vida, como casada y, luego, como viuda. Contrajo matrimonio con Patricio, que era pagano; sin muchos bienes de fortuna, se ganaba la vida como empleado del municipio; sus frecuentes enfados casi siempre terminaban en estallidos de cólera y también era mujeriego. Basta con estos dos rasgos para hacerse una idea de los sufrimientos de Mónica, tan extraña a semejantes situaciones por lo delicado de su educación. Pero supo tratarlo con dulzura, sin perder la calma, con buen humor, afinando el tacto y midiendo los gestos y palabras, hasta conseguir que cambiara su conducta. Su suegra, que igualmente era pagana, tampoco la miró con buenos ojos al principio del matrimonio por prestar oídos a los comentarios irónicos y maldicientes que los criados hacían contra la nuera; pero también cambió. Entre las amistades de Mónica llegaron a comentar sus amigas, con asombro y admiración, el cambio que se estaba produciendo en su casa.

**Tuvieron tres hijos.** El mayor, Agustín, que nació en el año 354 y fue inscrito enseguida en el catecumenado, paso previo y necesario al bautismo; pero, por la costumbre entonces vigente, se dilató hasta su mayoría de edad, con consecuencias nada favorables para el chico, que se vio envuelto en graves desórdenes morales. Le seguía Navigio, que vivió siempre en la casa paterna hasta que se casó. Luego venía la hija, que llegó a regir un monasterio cuando enviudó. El cabeza de familia, Patricio, falleció alrededor del año 371, ya convertido al cristianismo y esto fue alegría para Mónica, pero su quebradero de cabeza permanente eran los derroteros por donde caminaba su hijo Agustín, que la hicieron llorar mucho; ella hacía lo que estaba en su mano y no podía hacer más: orar, esperar en Dios y dar el oportuno consejo cuando Agustín estaba dispuesto a recibirlo.

**Hubiera querido que su hijo no se marchara a Roma;** no lo consiguió y a Italia lo acompaña encontrándose con él en Milán, cuando ya Agustín ha tomado contacto con el obispo Ambrosio y comienza a entusiasmarse con la fe cristiana, en donde empieza a ver que está la verdad. También se incorpora a los sermones del santo obispo que tanto cambio estaban produciendo en el alma de su hijo. Una vez que se produjo la conversión y recibió el bautismo, decidieron madre e hijo el regreso a la patria; pero los planes humanos no siempre aciertan con los de Dios, y en Ostia muere Mónica el año 387, conversando cosas sobre el Cielo, cuando contaba cincuenta y seis años, con la plena sensación de haber cumplido («mis



esperanzas en este mundo ya se han cumplido») su encargo.  
Pidió ser enterrada allí mismo y Agustín cumplió su voluntad.

El culto a la santa empezó en la Iglesia en tiempo tardío, cuando el canónigo regular Gualtero trasladó sus restos a Arrouaise, en Francia, en el siglo XII; hoy descansan en Roma en la iglesia de San Agustín.

Quizá no sea vano dar ánimos desde este santoral a ese numeroso y anónimo club de madres creyentes, disperso por el universo mundo, que van amasando en su interior cada día preocupaciones similares a las de santa Mónica por tantos y tan grandes problemas familiares. Quizá sea el momento de animarlas a ser pacientes, que Dios tiene sus horas para los maridos tozudos, descreídos o descaminados. Quizá no sea malo decirles que es conveniente mantenerse en paz. Quizá sea oportuno decirles que se pongan a rezar mucho por sus hijos, que Dios puede más. Quizá venga bien recordarles la necesidad de ir por delante con el ejemplo, la alegría, la piedad y el consejo. Quizá no se enfaden si alguien les dice que las lágrimas sirven y hasta pueden ser joyas de amor y bondad. Quizá, mirando a Santa Mónica, descubran en el horizonte nuevos remansos serenos, sin tempestad... quizá, quizá san Agustín no hubiera llegado a ser lo que fue si no hubiera tenido esta madre con un corazón tan excepcional.

#### Adeodato

El hijo de San Agustín, Obispo de Hipona, y, por tanto, nieto de Santa Mónica (n. 372; y + 388. San Agustín no se convirtió a la Fe hasta que tuvo treinta y dos años de edad. A los diecisiete él contrajo una relación ilícita con una mujer joven y Adeodato nació de esta unión. Agustín, en su deleite, lo nombró "Adeodatus", es decir el "regalo de Dios". Cuando Agustín fue a Roma, y, después, a Milán, esta mujer joven y el niño fueron con él, y ella y Agustín continuaron sus relaciones culpables. El joven Adeodato era el orgullo y esperanza de sus padres, y poseedor de un dote mental extraordinario. Obligado por este dote mental natural, Agustín no se traería interferir con él; y cuando la unión pecadora era un obstáculo a su recibir el regalo de fe, Santa Mónica, su madre, deseó que él se casara con la madre del niño, sintiendo que luego su entendimiento sería iluminado por la gracia. Así como el nombre de la madre de Adeodato nunca se ha dicho, también nunca se ha dado la razón por qué ella y Agustín no se casaron en esta coyuntura, aunque había evidentemente algún motivo fuerte si no insuperable. Finalmente ellos se separaron. "Ella era más fuerte que yo", escribió San Agustín, "e hizo su sacrificio con un valor y una generosidad la cual yo no fui lo suficientemente fuerte para imitar." Ella regresó a Cartago, de donde había venido, y la gracia que la había llevado a sacrificar el objeto de su afecto, la llevó más allá de obligarse a ocultarse en un monasterio dónde ella podría expiar el pecado que habría sido el precio de tan largo pago por él. Ella dejó al brillante muchacho, Adeodato, con su padre. Viendo la

inteligencia maravillosa de su hijo, Agustín sentía una especie de temor. "La grandeza de su mente me llenó de una clase de terror", él se dice (De beata vita, c. vi). Agustín recibió el bautismo a la edad de treinta y dos años de las manos de San Ambrosio, el amigo íntimo de Santa Mónica y de él mismo. Para aumentar su alegría, Adeodato, Alypius, el socio de toda la vida de Agustín, y varios de sus amigos más íntimos, todos se hicieron cristianos en la misma ocasión y recibieron el bautismo juntos. Mónica, Agustín, Adeodato, quien tenía ahora quince años y era un hijo de Gracia, aunque de hecho "el hijo de mi pecado", como Agustín lo había llamado en el amargor de su propio reproche y contrición, junto con el fiel Alypius, vivieron juntos en una villa de Cassiciacum, cerca de Milán. Las muchas conversaciones e investigaciones de las preguntas y verdades santas crearon una Academia Cristiana, de filosofía más exaltada que la de Platón. Adeodato tenía su buena parte en muchas de estas discusiones sabias. Él aparece como el interlocutor en el tratado de su padre De beata vita (puer ille minimus omnium --ese muchacho, el más joven de todos ellos), y contribuyó grandemente al tratado De Magistro, escrito dos años después. Él se aparece poco después de haber muerto, en su decimosexto año.



